

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid estudio@arocaarquitectos.com
914482505

Título **Fisac sin adjetivos**
Autor Ricardo Aroca
Cajón de recortes
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
Mayo de 2011
Fecha Febrero 2007

de vivienda social de una magnitud completamente desproporcionada a los recursos estatales del momento), en lugar de patrimonializar el protagonismo arquitectónico dio paso a los mejores arquitectos jóvenes del momento. Romani, Oiza, Iñiguez, Vazquez de Castro, Carvajal, Corrales, Molezún, García de Paredes..., que tuvieron así una oportunidad de construir de verdad y lanzar su carrera en un momento de gravísima depresión económica.

Fue de los primeros (no ya arquitectos, sino ciudadanos), que vislumbró las posibilidades futuras del turismo y tras estudiar cuidadosamente el litoral español, decidió apostar, probablemente antes de tiempo, por Marbella y la costa malagueña; fué anteponiendo de manera progresiva a lo largo de su dilatada vida, su faceta de gestor a la de arquitecto.

Reivindicó siempre su derecho a pensar, opinar y actuar libremente y respetó el de los demás a hacer lo mismo.

Antonio Lamela |marzo, 2007

Cuando vine a Madrid en el año 56 a intentar ingresar en Arquitectura, Antonio Lamela hacía ya un par de años que había terminado la carrera y estaba haciendo sus primeros edificios; entre ellos recuerdo el de la calle O'Donnell y el del final de la Castellana, a la izquierda, con obras estupendas que figuran con todo merecimiento en la obra "Arquitectura de Madrid" a la que Antonio ha contribuído con no menos de nueve obras, pese al insoportable defecto nacional de perdonar con dificultad los fracasos y no perdonar nunca los éxitos.

Un arquitecto, si tiene suerte y la aprovecha, se ve tarde o temprano abocado al dilema de limitarse a hacer lo que puede abarcar de forma muy personal, lo que le lleva a trabajar poco y ser muy apreciado por sus colegas, o de crecer y organizar un gran estudio capaz de competir en las grandes ligas, lo que conduce a una cierta despersonalización de la obra y no suele estar bien visto por los compañeros.

Antonio Lamela fue capaz de dar el salto al gran estudio antes que nadie en Madrid y ha sido capaz de mantenerlo y de competir con éxito en el mercado internacional, sin renegar nunca de su condición de colegiado del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, a cuyas Juntas Generales ha asistido con regularidad, al tiempo que ha cumplido siempre sus obligaciones colegiales.

Muchos arquitectos, entre los que me encuentro, tendremos siempre la curiosidad de cómo hubiera sido la obra de Antonio Lamela de haber seguido la vía personal, y se trata en todo caso de una cuestión teórica; y de haber tomado ese camino nunca hubiera construído la T4, esa obra grandiosa que tenemos ocasión de admirar a conciencia en nuestros interminables paseos por el edificio.

Fisac sin adjetivos |febrero, 2007

Era de una pieza, sin partes ni adjetivos y trataré en lo que sigue de hacer el ejercicio de no emplear ninguno, salvo los posesivos, aunque no he podido evitar los adverbios, y de ceñirme a lo que de él conozco directamente.

Miguel Fisac fue para mí, a la sazón estudiante, antes obra que persona; Conocí de su existencia a través de los Dominicos de Alcobendas y en una boda entre arquitectos celebrada allí hace unas semanas volví a recordarlo una vez más poco antes de su muerte. Era la propuesta, sin concesiones, de una iglesia, la planta de cruz dejaba paso a la hipérbola, los muros de ladrillo, el techo de madera, la luz encauzada por los tubos de fibrocemento sobre la cruz suspendida por hilos de cobre, todo sigue igual y emociona igualmente tantos años después.

Lo que había hecho antes empezó a interesarme, pero no era fácil obtener una opinión al respecto de nuestros profesores de la Escuela, lo que le situaba ya en esa especie de limbo de los que no se dejan clasificar en el que se movió siempre; hacía lo que le parecía y no tenía miedo a nada, ni siquiera a la construcción y las estructuras, dominó en lo esencial todo lo que necesitaba para hacer la arquitectura hasta el final.

Poco después se nos apareció en persona en los coloquios que organizaba Carlos de Miguel y que entonces como ahora se llenaban con estudiantes. No dialogaba, afirmaba siempre con vehemencia y sin demostrar, a lo que parecía, interés por las opiniones de los otros, o al menos esa era la impresión que sacábamos; mucho más tarde entendí que no era dado a la duda. Luego fui descubriendo obras, algunas hechas bastante antes. Fachadas y techos llenos de inventiva (más aún para los medios de la época) que dejaban pasar la luz sin que apareciera el cristal. Alguno de ellos como los Laboratorios Jorba con el cuadrado en planta que giraba y los picos del remate podría a primera vista parecer casi una broma a quien no conociera al personaje, y desde luego no lo era. Y siempre hormigón, tratado cada vez de una manera, inventando todo

unas veces y casi copiándose a sí mismo otras.

La frecuencia de su obra fue disminuyendo y cuando muchos años después volvió a aparecérseme, con más frecuencia como persona, pensé que él había cambiado pero ahora creo más bien que el que había cambiado era yo. En las Juntas anuales de accionistas de El País, en las que ahora me tocaba a mí ser el que hablaba, nos unía el interés por el periódico y el desinterés por Prisa como negocio.

Nunca congenió con la Escuela de Arquitectura, incluso siendo Sáez de Oiza Director y yo Subdirector se encerró unas navidades en solidaridad con los suspensos del proyecto Fin de Carrera; no hicimos nada y acabaron cansándose todos.

Cuando demolieron Laboratorios Jorba y más tarde cuando negociábamos con el Ayuntamiento qué podría quedar de Laboratorios Alter o con el Ministerio de Hacienda su intervención en la reparación de uno de los edificios de Investigaciones Científicas, me sorprendió el desapego con el que hablaba de su obra, en paralelo con el que demostraba sobre su propia existencia.

En la cremación de Ramón Vázquez Molezún (el otro gran dominador de la esencia de la construcción que he tenido la fortuna de conocer y tratar, y no es fácil imaginar personalidad más opuesta a Fisac en todo lo demás), Miguel pronunció una oración como no he oído ni espero oír en mi vida, modelo de estoicismo y conformidad con la muerte y a la vez llena de alegría.

Cuando visité con él el Instituto de Investigaciones Hidrológicas junto al Manzanares (conservado con parsimonia y cariño hasta en el mobiliario) para poner una placa, o cuando pronunció la conferencia de la semana de la arquitectura 2005 aquí mismo, seguía lúcido como siempre, pero su vigor empezaba a apagarse asediado por los años, mientras en paralelo su casa hecha por él en el Cerro del Aire y compartida tantos años con Ana María era asediada sin piedad por el crecimiento de Madrid.

Trabajó hasta el final intentando hacer su arquitectura contra viento y marea y consiguiéndolo con frecuencia; murió en su casa de siempre rodeado de su familia después de una vida de una pieza, sin fisuras adornos ni adjetivos. Reposa en un cementerio de pueblo con su hija muerta prematuramente, bajo un pino plantado por él y una lápida que él mismo diseñó, vivirá en nuestro recuerdo mientras vivamos los que le conocimos.

Rafael Baltar |septiembre, 2010

Era algún año mayor que yo y además había ido a una academia de dibujo distinta. En los tiempos del ingreso las primeras amistades se hacían en las academias, (yo conocía a Manolo Gallego porque también había ido a Bernaechea, donde hacíamos un dibujo austero y considerábamos amanerados a los de las otras academias).

A Rafael y a mí, nos unió el orden alfabético que determinaba la mesa de dibujo, donde pasábamos la mayor parte de nuestra vida, bien es verdad que hablando, mucho más que dibujando.

Mi colega de delante era un vasco taciturno que además solía estar bebido, y detrás estaba Rafael seguido de Enrique Burkhalter también fallecido, que fue muchos años socio mío de estudio.

Congeniamos enseguida, probablemente porque éramos muy distintos y yo apreciaba su fina ironía gallega y su capacidad de ver las cosas siempre de otra forma, mientras que él era tolerante con mis crueles sarcasmos, nada finos por otra parte.

Aún me parece verle cuando en una discusión movía la cabeza y exagerando el acento gallego daba un giro completamente surrealista al tema.

Discutir con él ayudaba a entender el que cualquier cuestión podía mirarse desde otro punto de vista, aunque uno aprendía pronto, que si se había formado una opinión era completamente imposible que la cambiara; si se le presionaba admitía: "no, si eso también puede ser pero.....", y si se le presionaba más, intentaba convencerte que lo que tú decías era lo mismo que él estaba diciendo.

Yo le decía que era una especie de gallego transparente como esas figuras de anatomía en que se transparentan huesos, músculos, arterias, etc.; uno tenía a veces la impresión de que podía ver cómo las ideas le daban vueltas por los circuitos del cerebro, para decir algo de forma que a su interlocutor no le pareciera completamente rechazable, si no le parecía probable que fuera a estar de acuerdo.

Recuerdo una vez que Oiza nos había puesto como tema un "foro universitario", naturalmente sin programa (nadie sabía que podía ser aquello), en un desnivel a la izquierda de la avenida central de la ciudad universitaria (donde años después se construyó el bodrio de hormigón visto de la facultad de Ciencias de la Información).